

LA CULTURA Y SU FUNCIÓN CIVILIZADORA

Una alternativa al desbordamiento humano

Gloria Lucía Sierra A.

La concepción que, a través de la modernidad, hemos construido sobre la condición humana, está soportada en un principio racionalista que define al hombre como un ser consciente, responsable y dueño de su destino. Bajo esa premisa conceptual, transmitida en cada uno de los elementos que conforman la cultura actual, es difícil admitir que en muchos de los actos del ser humano, emerge una naturaleza desconocida que además de inquietarnos nos sorprende. ¿Por qué nos cuesta tanto ser felices? ¿Por qué en la búsqueda del placer encontramos el displacer? ¿Por qué arruinamos nuestras vidas de maneras tan inusitadas?

Hemos tejido un ideal, sobre la racionalidad de nuestra especie, soportado en los discursos contemporáneos, y en la necesidad apremiante de desconocer lo que descarnadamente nos señala la historia. Somos seres poseedores de una fuerza altamente poderosa que busca su satisfacción, valiéndose de todo aquello que esté a su alcance. Ese empuje al que Sigmund Freud llamó pulsión, es de naturaleza sexual y agresiva, se presenta en el ser humano desde los inicios de su vida, y desborda la voluntad del sujeto, con el mismo vigor con el que opera el instinto en lo animal.

Alrededor de estas características de la vida anímica del hombre, se han desprendido diversas elaboraciones y se han propuesto teorías que apuntan a darle una explicación. En el presente texto haremos uso de algunas de ellas, orientándonos a pensar su pertinencia, en el marco de la reflexión sobre el tema que nos interesa en esta oportunidad: las expresiones sexuales desbordadas en niños, niñas y adolescentes. Acudiremos además, en este objetivo, al concepto de cultura con el fin de precisar su función y los alcances que de ella pueden situarse, en el devenir de las lógicas en las que funcionan los límites, provenientes de las organizaciones humanas.

Iniciemos por reconocer, que no es un secreto que la vida es concebida como una oportunidad para ser feliz, a pesar de que el sufrimiento amenaza permanente-mente desde distintos frentes¹. Podemos señalar los siguientes:

¹ Freud Sigmund. El malestar en la Cultura, Obras completas tomo III. Biblioteca Nueva. Madrid 1981. Pag.3025

-El propio cuerpo por el padecimiento que generan la enfermedad y la muerte.

-La naturaleza y el mundo exterior por su fuerza omnipotente e implacable.

-Las relaciones con los otros seres humanos, considerada como la causa de la que emana la mayor cantidad de sufrimiento.

Contando con lo anterior, podría pensarse que una de las maneras de lograr la felicidad, radica en el solo hecho de poder evitar o sobrevivir al sufrimiento. En esa lógica, la búsqueda de las satisfacciones directas, pueden quedar relegadas a un segundo plano; a pesar de que es evidente que la mayor de las tentaciones para el hombre es poder obtener la satisfacción ilimitada de todas sus necesidades.²

En la búsqueda de evitar la desgracia, el sujeto acude a diversas estrategias: el aislamiento y la separación de los demás, como protección; la prevención de los desastres mediante el sometimiento de la naturaleza; el uso de sustancias químicas no sólo para evitar el dolor físico, sino también para conseguir sustraerse del padecimiento psíquico, entre otras.

No obstante, hay una fuente de sufrimiento que se escapa del control, y es la que concierne a la renuncia de la satisfacción pulsional. “La satisfacción de los instintos, precisamente porque implica tal felicidad, se convierte

² Ibid Pag.3025

en causa de intenso sufrimiento cuando el mundo exterior nos priva de ella, negándonos la satisfacción de nuestras necesidades.”³

Esta privación, sin embargo, no logra extenderse a todos los campos; podemos observar cómo el empuje agresivo, por ejemplo, reaparece de manera sutil en las rivalidades y en la hostilidad que se evidencia en la relación con los más cercanos. Igual trámite tiene la pulsión sexual, fácilmente palpable en manifestaciones ya inscritas y aprobadas socialmente; pero que en el fondo tienen un fin claro: la satisfacción de la pulsión sexual. Ejemplo de estas expresiones, son ciertos tipos de bailes, modas y gestos corporales, muy popularizados en la actualidad, especialmente en el mundo adolescente.

Esta reaparición de la pulsión, camuflada en actitudes menos vistosas, la podemos pensar incluso como efecto de ciertos procesos de la formación en los niños. Aquello que, por medio de la educación, se presenta como radicalmente prohibido, emerge soterradamente de manera impredecible. Es necesario tener presente que cada sujeto, invariablemente, se ingenia una forma inédita de tramitar la restricción de la satisfacción. Por esta razón, los procesos formativos no pueden ser extremos, puesto que de este modo las salidas, paradójicamente, en vez de ser más controladas, serán mucho más transgresoras.

No obstante, la cultura, como construcción soportada en el conocimiento de la naturaleza humana, se insti-

³ Ibid Pag.3027.

tuye para contener las tendencias agresivas y sexuales que amenazan la convivencia. Esta dirección puede apreciarse en el origen de la civilización, en el que se fue conduciendo a las comunidades primitivas, a la prohibición del goce total de sus instintos, a través de las tradiciones. De este modo, estas colectividades fue-ron cambiando la felicidad que proporciona la libertad individual, por el sacrificio que implica la prevalencia del bienestar común.

Un proceso como el señalado, es el que se vive en la conformación de toda comunidad. En la educación, por ejemplo, bien sea en el seno del hogar, o en la institución escolar, se reproduce un contexto de similares características. Tanto las costumbres y reglas de cada familia, como los manuales de convivencia escolar, tienen un objetivo primordial: limitar la extensión de las libertades particulares y preservar el bien general.

Vemos entonces cómo la cultura parece ofrecerle al ser humano una alternativa de ordenamiento. *“El término cultura designa la suma de las producciones e institu-ciones que distancian nuestra vida de la de nuestros antecesores animales y que sirven a dos fines: proteger al hombre contra la Naturaleza y regular las relaciones de los hombres entre sí.”*⁴

Y es que la naturaleza, si bien contiene en su interior toda la fuerza arrolladora de la que hemos venido hablando, ésa que se escapa a todo control y que se hace evidente no sólo en los desastres naturales, sino además

⁴ Ibid Pag.3033.

en la pulsión humana, también posee un orden propio que le ha servido de guía al hombre para construir los fundamentos de la civilización. El ordenamiento que caracteriza a las construcciones culturales, proviene de la esencia de los ritmos propios de la naturaleza, observado en sus ciclos y cronologías. No obstante, sorprende el hecho de que a este orden natural no se acoja la condición humana, que por el contrario, devela en sus actos no sólo el empuje a la destrucción, sino además una innegable tendencia al descuido y a la irregularidad.⁵

En el ordenamiento producido por la cultura, se considera como objeto prioritario la regulación de las relaciones de los hombres entre sí, es decir de sus vínculos sociales incluyendo todas sus células y entidades. En ese contexto surgen las nociones de justicia y ordenamiento jurídico, tendientes a evitar el sometimiento del interés de un grupo a voluntades individuales. *“El resultado final ha de ser el establecimiento de un derecho al que todos- o por lo menos todos los individuos aptos para la vida en comunidad- hayan contribuido con el sacrificio de sus instintos, y que no deje a ninguno, una vez más, con la mencionada limitación, a merced de la fuerza bruta.”*⁶

Vemos de este modo, cómo de un lado la cultura impone restricciones; pero es el ordenamiento jurídico, el que impide que la comunidad las evada. Observamos, sin embargo, en la cotidianidad y en la historia, la insistente tendencia del hombre a escapar a todo recorte

⁵ Ibid Pag.3035.

⁶ Ibid Pag.3037.

de su libertad y a revelarse a toda norma que la limite. Los noticieros, transmitidos a través de los distintos medios de comunicación, nos ofrecen diariamente evidencias de la dificultad humana para someterse a la contención de sus impulsos. La cultura instaurada devela, en cada desencuentro humano, su insuficiencia en el objetivo de contener la fuerza del empuje sexual y destructivo. Una expresión se hace cada vez más puntual, para señalar los hechos de transgresión de los límites, vividos en la actualidad: “Estamos retornando a la época de las cavernas.”

Este señalamiento popular, aparentemente exagerado, termina siendo justo para calificar actos tales como el sometimiento violento de la población civil, el acceso carnal incestuoso, el asesinato de los propios hijos, y en fin, la destrucción indiscriminada de todos los referentes vitales. Es lamentable, sin embargo, tener que admitir que la presencia de estos fenómenos brutales, han estado presentes en todos los momentos de la historia del ser humano y que por tanto corresponden no a la dinámica particular de una época, sino a un rasgo inminentemente humano, que se conserva en el tiempo.

El intento de establecer un equilibrio en las relaciones humanas que garantice el principio del derecho instaurado por el ordenamiento jurídico, ha impulsado durante siglos inagotables campañas y luchas. Y es que, aunque necesaria, la restricción de la satisfacción de los impulsos, no es fácil de asimilar para el ser humano; de ahí que Freud señale que en la renuncia, se produce simultáneamente una necesidad de compensación, que

permita depositar en otro fin, la energía que no ha sido dispuesta a la libre satisfacción.

La energía psíquica sacrificada por el sujeto en la renuncia al libre albedrío, puede convertirse en una fuente de satisfacción a través de un desplazamiento; en otras palabras, de una reorientación en su dirección. En este proceso, reconocido como sublimación, la carga energética puesta en la satisfacción de los impulsos primarios, puede ser desplazada a fines intelectuales y artísticos. Esta manera de tramitar los impulsos, posibilitada a través del placer puesto en otros objetos, produce para los objetivos de la cultura, óptimos resultados. Es evidente que este tipo de satisfacciones son más aceptadas por la comunidad, que aquellas que generan los impulsos primarios. Cabe anotar, sin embargo, que el placer que se produce en la sublimación es menos intenso.

No puede desconocerse en la historia, el muy extendido uso que ha hecho la humanidad del recurso de la sublimación, en particular porque es la energía sexual la que ha de ser movilizada. El desplazamiento de dicha energía a otras actividades, es un mecanismo psíquico que se presenta en todos los momentos de la vida del hombre, pero que se observa con mayor prevalencia en el adolescente. Este procesamiento explica la importancia que cobra en la adolescencia, la dedicación al deporte, a la música y a las aventuras que implican un alto consumo energético.

La contención de las tendencias sexuales ha sido una preocupación del hombre desde la antigüedad. Es evidente la influencia de la cultura en el coartamiento de los impulsos sexuales, observable en la evolución de

las comunidades primitivas. Efecto de ello, es la desvalorización progresiva de las sensaciones olfatorias que orientaban, originariamente, la atracción del hombre hacia la mujer, en la misma lógica en la que se produce el encuentro entre la hembra y el macho. La higiene, el interés en la limpieza, y la actual sobreestimación de la asepsia y la estandarización, son producto entonces del interés cultural de restringir el encuentro sexual.

En la herencia de este proceder cultural, podemos situar un fenómeno que llama la atención de diversas disciplinas y que está relacionado con la aparición de ciertos rasgos particulares en la sexualidad actual. Las subculturas urbanas presentes en todo el mundo, predominantemente conformadas por adolescentes, hacen notable una tendencia a borrar los caracteres sexuales diferenciadores, evidenciados en la moda, los ade-manes y los intereses. Lo que se impone es un estilo unificador de los sexos, andrógino, dirigido a eliminar cualquier signo de identidad sexual. Esta apreciación nos permite pensar, en consecuencia con lo señalado, que la presencia de esta particularidad de nuestra cultura, no es más que una de las formas contemporáneas de contener el empuje sexual, esta vez, a través de la supresión del sexo.

La otra cara de la moneda es la que convoca hoy nuestra atención, a saber: las expresiones sexuales desbordadas. Y es que la tendencia sexual es altamente poderosa en el devenir humano, en tanto su liberación le reporta al hombre, un monto importante de satisfacción. El encuentro sexual gratificante le ofrece al ser humano las más intensas sensaciones placenteras, “estableciendo en

suma, el prototipo de felicidad”.⁷ No obstante, la presencia de esta satisfacción tan potente, tiene implícita una amenaza porque cuando se haya tal plenitud, el sujeto se hace dependiente del objeto sexual elegido, condición que le deja en un alto grado de fragilidad. Frente a esta realidad innegable, el ser humano ha inventado recursos que lo protejan, de algún modo, de esta inminente fuente de sufrimiento. Podemos señalar algunos de ellos:

- La transformación de la energía sexual en ternura; es decir, cuando el objeto sexual es coartado en su fin.
- El desplazamiento de la energía puesta en el objeto elegido, a otros objetos, proceso ya expuesto, reconocido como sublimación.
- La multiplicación o distribución de dicha energía en varios objetos; fenómeno que nos hace pensar en lo que acontece en la contemporaneidad, en efectos tales como la promiscuidad, el desbordamiento sexual y la infidelidad.

El objeto de amor sexual representa para el ser humano un recurso que, como ninguno, opera el taponamiento del vacío existencial que todos conocemos. Teniendo en cuenta esta consideración, podemos calcular la dimensión de la pérdida que experimentamos, cuando este tapón deja de cumplir su función. Ante esta amenaza, el sujeto contemporáneo, receptor de la enorme cantidad de objetos de satisfacción que ofrece el mundo moderno, opta por evitar cualquier riesgo de sufrimiento,

⁷ Ibid Pag.3040.

y se escabulle en la vía de la evitación o en la de la diversificación de objetos.

Podemos observar cómo la cultura ha intervenido desde la antigüedad en las costumbres de cada época, según sus particularidades y a través de diversas construcciones. Es evidente la función que han cumplido durante la historia, invenciones tales como:

- La prohibición fundamental del incesto, nombrada por Freud como “la más cruenta mutilación que haya sufrido la vida amorosa del hombre en el curso de los tiempos.”⁸

- La constitución de la familia, organización monogámica que le exige al hombre, conformarse con un solo objeto sexual.

- La institución de la ley, el tabú, las religiones y las costumbres, todas ellas tendientes a establecer un límite a las libertades sexuales.

Es indiscutible la dificultad que representa para el ser humano renunciar a la satisfacción de sus impulsos. En esta dirección, podríamos afirmar que la cultura regula y contiene las relaciones sociales, pero es a su vez una fuente de profundo malestar. Lo anterior puede llevarnos a pensar que el hombre primitivo, careciendo de la restricción que le impone la cultura, podía acceder con mayor facilidad a las fuentes de satisfacción. No obstante, las investigaciones hechas con pueblos primitivos de la modernidad, señalan que allí donde exista

⁸ Ibid Pag.3041.

cualquier nivel de organización comunitaria, se observa la coartación de la libertad absoluta.

Ante la presencia irremediable de la pulsión, la cultura apela a los métodos nombrados anteriormente; sin embargo, hay un trámite que no se ha nombrado hasta este momento y es el que opera el mismo psiquismo, con el objetivo de hacer obstáculo a la pulsión: el superyó. Definiremos esta instancia, de manera sucinta, para pro-seguir con la dirección que nos viene trazando el texto, en relación a la función de la cultura en la contención del empuje sexual.

En el superyó la agresión humana es dirigida contra el mismo yo, se incorpora a una parte del mismo, y se opone al resto, asumiendo la función de conciencia moral. Del superyó se deriva entonces el sentimiento de culpabilidad, manifestado a través de la necesidad de castigo. De esta manera *“la cultura domina la peligrosa inclinación agresiva del individuo, debilitando a éste, desarmándolo y haciéndolo vigilar por una instancia alojada en su interior, como una guarnición militar en la ciudad conquistada.”*⁹

Es de la cultura de donde proviene entonces, la noción del bien y del mal. Ante la presencia del mal ejecutado o pensado, aparece la mala conciencia, que obedece realmente al temor de perder el amor del otro. En este sentimiento, la regulación no proviene entonces del mismo sujeto, sino del exterior. En esa lógica lo importante no es cometer un mal acto, sino ser descubierto.

⁹ Ibid Pag.3053

De manera opuesta opera la contención cuando es pro-ducto de la autoridad internalizada del superyó. Ante la presencia del superyó, nada está oculto, ni siquiera los pensamientos. *“El superyó tortura al pecaminoso yo con las mismas sensaciones de angustia y está al acecho de oportunidades para hacerlo castigar por el mundo exterior.”*¹⁰

Cada época en particular, constituye un superyó colectivo que tiene un origen similar al del superyó individual, en tanto se funda en el legado que han dejado los grandes personajes del momento. En ambos casos, el superyó erige férreos ideales que sancionan su incumplimiento. Es por esta razón, que las manifestaciones del superyó, son reconocidas más fácilmente en su expresión colectiva, que en la individual misma.

Del superyó se extrae el conjunto de normas e ideales, que constituyen los parámetros que fundamentan los principios éticos de cada cultura, en sus distintos momentos. De hecho, el postulado ético de una sociedad, devela el punto de mayor fragilidad de cada época. Cabe anotar que los objetivos que lo constituyen, desconocen la condición psíquica del hombre; por ello instituyen preceptos que resultan prácticamente inalcanzables. La ética no cuenta sino con el yo consciente, dueño de su voluntad y regulado en sus impulsos.

La nuestra es una época en la que es difícil establecer un postulado ético. Su fragilidad emerge de la caída del poder de un referente de autoridad unificado y común.

¹⁰ Ibid Pag.3055

Ahora el padre no es el elemento ordenador del círculo familiar, ya no es el modelo a seguir, no es la figura a la que se le confiere un saber. La ley por su parte, dejó de existir en el discurso de los ciudadanos, como un patrón en el que está implicado el respeto. Hoy la ley responde a la necesidad apremiante que se precipita en el acto, es contenciosa, no se anticipa, se equipara a la sanción. El saber mismo está fraccionado y diseminado en la globalización, es autoría de todos y de nadie, está ahí en el campo cibernético, se extrae, se recorta, se usa y se desecha.

La medicina apunta a la especialización y en ese proceso sólo existen los órganos que le competen a cada una. Lo que importa en la lógica de la ciencia, no es el paciente, sino el procedimiento. El sujeto del tratado de Hipócrates, hoy por hoy está diluido en un sistema de salud totalmente ocupado de las mediciones y los estándares.

Es irrefutable. Ésta es una época en la que todo gira en torno a la diversidad, a la utilidad y a la eficacia. No hay una ley, no hay un saber, no hay un padre...de todo ello, hay muchos. Tenemos, de este modo, una posibilidad permanente de elegir, de usar y de desechar; al fin y al cabo, ésa es una conducta propia de la sociedad de consumo, en el mundo mercantilista.

Podríamos pensar que ésta es la fragilidad que caracteriza a nuestra época y de allí se puede derivar su postulado ético. En esta dirección los preceptos ordenadores actuales tendrían que propender por hacer oposición, de

alguna manera, a esa corriente impetuosa de información y de opciones, que tienen los niños y los adolescentes hoy. Es menester recobrar algo de las tradiciones, reducir un poco la velocidad en la que fluctúan sus intereses, recortar la infinitud de fuentes de placer inmediato que tienen a su disposición. En fin, son muchas cosas las que se pueden hacer, pero no podemos entrar a nombrarlas, porque sólo en cada caso, se podrá orientar una estrategia precisa.

Para finalizar, intentaremos nombrar algunos elementos que según el recorrido que hemos realizado, tendrían que hacer parte del fundamento ético de una época en la que el desbordamiento se evidencia como síntoma universal en la condición humana. En ese objetivo debemos acudir, como principio, a la noción de internalización de la autoridad, como único recurso para que el sujeto, responda en la regularización de sus propios excesos. Al respecto, es preciso tener presente la naturaleza pulsional del ser humano; en consecuencia, no podemos olvidar el valor que tiene la educación, la transmisión de las costumbres, el establecimiento de las normas y el respeto que se les asigne a ellas. En los procesos de formación de los niños, niñas y adolescentes no se debe permitir, bajo ninguna circunstancia, que sean borrados los límites que garanticen la convivencia entre las comunidades, no importa el tamaño, ni la condición que éstas tengan. Ellos necesitan crecer en un mundo ordenado, con leyes claras y bien definidas y con modelos de identificación que operen en la lógica de hacer trascender la concepción de la ley, integrándola a la vida cotidiana, sin titubeos.